

## Estado de malestar

### (In)adaptación, sintomatología social y enfermedad en tiempos del realismo capitalista

#### María Ruido

*“La privatización del estrés es un sistema de captura perfecto, elegante en la brutalidad de su eficacia. El capital enferma al trabajador, y luego las compañías farmacéuticas internacionales le venden drogas para que se sienta mejor. Las causas sociales y políticas del estrés quedan de lado mientras que, inversamente, el descontento se individualiza y se interioriza”,*

Mark Fisher, *Realismo capitalista*

En los años 60, un grupo de artistas encabezados por G. Richter y S. Polke acuñaron el término *realismo capitalista* como contraposición al denominado *realismo socialista*, y es este mismo término el que retoma el escritor y crítico cultural británico, Mark Fisher, para articular una de las más certeras y dolorosas crónicas de nuestro sistema de vida y trabajo y sus consecuencias.

Precisamente partiendo de los libros de Fisher, *Realismo capitalista* y *Los fantasmas de mi vida*, y de su análisis de la presión y burocratización del semiocapitalismo digital, de ese espejo crítico que pone frente al “No hay alternativa” que pronosticó Margaret Thatcher en 1979, **Estado de malestar** propone un análisis de la ansiedad y la depresión colectivas, de las enfermedades propias del capitalismo informacional, y de esta tristeza general privatizada y desarticulada, paliada con el consumismo (ya lo advertiera P. P. Pasolini) y la farmacología, y confrontada con el “voluntarismo mágico”, epítome de la falsa autonomía liberal del “si quieres, puedes”.

Si en el 2011 salimos a las plazas para compartir nuestras ansiedades, en los últimos años las condiciones laborales han empeorado y nuestras vidas parecen más frágiles. La precariedad no es ya un hecho económico si no en una condición vital: tenemos vidas donde es imposible planificar a medio plazo, donde lo imprevisto empieza a ser la norma, y donde las nuevas políticas de clase y de relación no acaban de nacer frente que las viejas estructuras ya muertas hace tiempo. Para- trabajo, necro-trabajo, *uberización*, trabajos –como los cuidados- que no alcanzan el lugar ni la valorización que les corresponde.

En el capitalismo fordista, como nos recordaban Deluze y Guattari, la enfermedad social era la esquizofrenia; en el post-capitalismo robotizado e hiper-burocratizado (donde el horizonte que se vislumbra es el del post-empleo) la competitividad constante y la vigilancia sin fin nos convierten en depresivos, en anoréxicas, e bulímicos. Frente a las enfermedades confrontativas como las neurosis o las psicosis, las enfermedades de nuestro tiempo son enfermedad de la “acomodación”, de la sobre-respuesta, de la disponibilidad absoluta: la anoréxica o la bulímica temen no responder al cuerpo que se demanda de ellas, el vigoréxico nunca es suficientemente musculoso y fuerte, y el depresivo-la depresiva ha descubierto sus flaquezas, no se siente a la altura de lo que esperan de él/ella. Pero sobre todo, el depresivo, la depresiva, ha vislumbrado el horror del sistema, sus trampas implacables, y responden con la inmovilidad, con el malestar crónico.

En este tiempo de trabajos y relaciones líquidas, donde el estado de bienestar prometido por la socialdemocracia ha muerto, donde las “revoluciones de octubre” (ahora que estamos en su centenario) parecen imposibles, debemos re-pensar la bio-política foucaultiana en términos más amplios para sustraernos a la muerte en vida que nos imponen, curarnos unxs a otrxs, salir del *impasse* farmacológico adormecedor y socializar nuestro malestar, y con el dolor sentido, elaborar una alternativa a este asesino realismo del capital.